

Carta a Fabio

Antonio García Verduch

Tú no hablas aún. Solamente balbuceas. Dices frases enteras condensadas en media palabra. Además, hablas con la mirada y con la expresión de todo tu cuerpo. Tu dedito índice apunta hacia donde se dirige tu mirada, y al mismo tiempo pronuncias un par de sílabas. Después vuelves la mirada hacia mí para preguntarme si te he comprendido.

Esa hermosa expresión tuya, tejida con sílabas, gestos y miradas, es la ventana que me abres para que contemple tu alma purísima. No necesito iluminarla, porque ella irradia luz. Allá dentro adivino todo el candor del mundo, remansado, esperando el momento de fluir mansamente hacia el exterior.

Para sentirme inundado por la paz, simplemente me asomaría a la profundidad de tus ojos, y mirándola, sentiría también la belleza, al ternura, la gracia y la dulzura. Asomándome a su profundidad, sentiría el verdadero perfume del amor sin forma.

Tú no eres, solamente, el tesoro de tus padres. Eres el tesoro mío. Eres el tesoro de todos. Los niños chiquitos como tú, que aún no han dejado de ser ángeles, nos pertenecéis a todos. En vuestros cuerpecitos débiles y en vuestras almas limpias se halla to-

da la bondad y la dulzura del Universo.

Vosotros sois patrimonio de todos. Todos sonreímos cuando vosotros sonreís. Todos sufrimos cuando vosotros sufrís.

Vosotros, los chiquitos, y nosotros, los mayores, hemos hecho un pacto. Vosotros nos dais vuestro candor, nos ilumináis con vuestra gracia, y nos prestáis la ingenuidad que a nosotros nos falta. Nosotros, más fuertes, os damos nuestra protección, alimentamos y vestimos vuestros cuerpecitos frágiles, os damos nuestro calor y os arropamos con nuestro amor, con un amor intenso que quiere protegeros de todo mal.

Hoy, Fabio, Fabio mío, estoy traspasado de dolor, de un dolor amargo, de un infinito dolor amargo.

Hoy, Fabio mío, estoy también muerto de vergüenza. ¡Cómo es posible que unas personas adultas como yo hayan destrozado tu cuerpecito! ¡Cómo es posible que unas personas adultas nos hayan ensangrentado a todos tu sangre inocente!

Fabio, ángel mío, todos los seres humanos, adultos y pequeños, te queremos y te queremos siempre. Solamente te odian las alimañas. Ahora que estás ahí, en el cielo, reza por ellas, y reza también para que en nuestros corazones helados nazca el perdón.